

a 35 grados latitud sur

por Carlos Ma. Gutiérrez

Un muchacho flaco y sonriente

Trinidad, en Flores, está rodeada de chacras, y en las madrugadas frías los vapores espesos de la helada surgen de los bajos y la rodean como un cinturón de niebla. A la salida del sol, comienzan a afluir, desde las chacras y desde los barrios humildes, los trabajadores, las mujeres del servicio doméstico y los muchachos que vienen al Liceo.

En una madrugada de hace veintitrés años —mi primera mañana de estudiante en Flores— me paré en la esquina del Liceo, para ver cómo llegaban, desde las honradas lejanías tapadas de cerrazón, las gentes que venían a trabajar. Un muchacho alto y anguloso, con unas grandes manos que se escapaban de las mangas del saco y el pelo rebelde, peinado al medio ("como Florencio Sánchez"), se burló el mismo, días después, pedaleaba por la calle en su bicicleta, con los libros de estudio en la mano. El sol no calentaba todavía, y el empedrado de la calle estaba húmedo, pero el ciclista venía sin abrigo, resoplando de frío y con una angustiosa sonrisa. "Ese es el canario Sendic", me dijo otro muchacho.

Después, durante todos los días y a lo largo de mucho tiempo, —mientras hacíamos una de esas amistades adolescentes esenciales, donde los ideales compartidos van cristalizando al mismo tiempo que el carácter— veía a Raúl Sendic con su pelo a lo Florencio, su ancha sonrisa y sus ojos ardientes de inteligencia y rebeldía.

Para veintitrés años más tarde —cuando leo en las crónicas policiales las conjeturas miserables y falsas con que algunos desdichados a sueldo (o a simple obsecuencia) quieren manchar a Raúl Sendic— la imagen que acude es la del muchacho chacarero y humilde, muerto de frío en su vieja bicicleta, que venía desde los bajos cubiertos por la niebla a aprender en el Liceo. Y esa imagen —en su pureza sencilla y conmovedora— corresponde exactamente a esa otra imagen que surge por encima de las crónicas policiales insidiosas y de los estandarizados editoriales demagógicos: la del hombre que ha entregado su vida, su carrera a la defensa de los hermanos más pobres y oprimidos. Una tersa línea recta corre entre el muchacho de Flores y el organizador de los cañeros de El Espinillar. De cuántos de estos acrobatas políticos, gremialistas estudiantiles convertidos en "fiscales" de la Universidad, redactores del diario Libertad pasados a la defensa de la democracia representativa, veteranos cipayes jurídicos que todos los mediodías perifernean sobre la independencia y la libertad; es decir, de cuántos de los detractores de Raúl Sendic, se puede decir lo mismo?

Antonio Grezzi —que enseñaba Historia en Flores, y todavía está allí, atrincherado en su biblioteca donde leíamos desde la Historia del Mundo de Wells hasta explicaciones sobre la enfiestosis irrevocable, pasando por Malatesta, Pujados y Romain Rolland— nos enseñó a Sendic, a su hermano Alberto, a mí y a un puñado de muchachos las bases básicas del pensamiento socialista. Después vino la Asociación de Estudiantes y, casi enseguida, el golpe de Estado de Baldomir. Raúl Sendic, con su sonrisa ancha, escribía en el periódico que editábamos mediante financiación aleatoria (Mario Arregui era, como el único contribuyente estable): "El Director del Liceo, convertido en interventor de la enseñanza, pero también editoriales de revolucionarios; crónicas sobre picos estudiantiles y una campaña para formar una Biblioteca."

Además, que esos recuerdos, sin embargo, no llegan a conformar el retrato de aquel Raúl Sendic; el gremialista, el periodismo estudiantil, las estrechuras con los machetes policiales cuando la huelga de 1942, son los rasgos comunes de una edad en que nos movíamos dentro del descubrimiento de la política. Tendría que aludir a otro Raúl Sendic más secreto —el que continúa siendo en la memoria de los amigos y que quizás haya sido dejado atrás por el luchador endurecido de hoy— la atmósfera de bondad que surge de aquel canario flaco y huesudo, que nunca vi enojado; las cartas que me enviaba a Montevideo pidiéndome que le traía la Biblioteca, donde con una letra torpe e infantil garrapeaba esas ironías sobre el medio ambiente, que él amaba hondamente, y la modestia inverosímil con que hablaba de sí mismo en tercera persona, que era mejor que todos nosotros

y que lo sería cada vez más; la inflexible decisión de hacerse abogado, mientras trabajaba para ganarse la vida y, al mismo tiempo, entregaba todo su tiempo libre a las Juventudes Socialistas; las primeras y únicas lágrimas que le vi en su vida, frente a la absurda muerte de un hermano.

En este país donde hace dos semanas que los nombres de los ocho bancos que han estafado millones y millones de oro financiero todavía permanecen en el público silencio de una oligarquía que comete, administra y tapa sus propias corrupciones; donde un "político blanco" —según lo denominan los diarios— que cohonestó la gigantesca maniobra delictiva del Banco Industrial todavía sigue tranquilo en su casa, las crónicas policiales han caído con todas sus glándulas salivares sobre Sendic. Allí hemos descubierto

que es un delincuente de antiguo, que mató a una señora inocente cuando el asalto de los cañeros a la CSU, que su estudio de procurador en Paysandú era un siniestro nido de espías, que puede ser el asesino de La Brooy porque... estuvo una vez en París, donde también vive un sospechoso del crimen. Toda la inepticia, la irresponsabilidad y la cobardía de una triste modalidad periodística, ha sido enfocada contra quien, por sus actos anteriores y la consecuencia de su conducta, por la abnegación de su estilo vital, debería inspirar por lo menos respeto humano.

¿Qué importa la verdad, si el sensacionalismo frívolo, el pánico de los privilegiados o las órdenes desde arriba, imponen ensuciar a quien no puede defenderse? Los que tenemos memoria, sabemos que el Juez que en un principio procesó a Raúl Sendic y a los cañeros de Artigas por el incidente de la CSU, llegó a la conclusión de que la bala asesina de una señora partió desde el local, que Sendic y los cañeros iban sin armas y, en consecuencia, ordenó la libertad de todos. Pero la crónica policial y los editoriales menoscaban su público y siguen en la deformación deliberada de los hechos. Aquí, donde la organización de sindicatos es un derecho constitucional, cronistas y editorialistas hacen retórica con el pasado de "agitador" de Raúl Sendic. Es decir, con lo que constituye precisamente su más puro mérito: haber despertado la conciencia social de los arroceros del Este, de los remoia-



cheros de Rincón de Bélgica, de los destajistas de El Espinillar; haber demostrado que los desposeídos y humillados del campo también pueden unirse para luchar por sus derechos.

En algún hogar del país, Raúl Sendic está en estos momentos, con la frente más alta y el corazón más puro que sus perseguidores y que los pequeños detractores anónimos de las crónicas policiales. Estoy seguro que se siente más fuerte que todos ellos, porque está en medio del pueblo, protegido por la inmensa solidaridad de los humildes a quienes ha entregado su vida y su lucha.

El muchacho que hace veintitrés años subía en bicicleta con sus libros por la calle del Cuartel, es ahora el adelantado de las épocas que vienen.

Figari en cartas (II)

por Eduardo de Scliarain Herrera

SUS EXPRESIONES

FRECUENTABANLE sus amigos de París. Tenía relaciones con espectables artistas y escritores franceses: Raymond Rouze, Gastón Jéze, Francis de Miomandre, Roustan. Con uruguayos principalmente, de paso o de permanencia en Francia: Carlos Reyes, Julio Supervielle, Eugenio Garzón, Teodoro Buxareo, etc.

Alternando su ingente labor de pintar para exponer en cuatro mostraciones seguidas, escribía. "El Arquitecto" e "Historia Kiria", son de ese entonces y el tiempo dará a estos libros tanta importancia como a los cuadros.

Además, escribía cartas, cartas sin pausa, aludidas anteriormente y de las que transcribo significativas expresiones como las siguientes:

"Todo esto, —dice después de recibir gratas noticias de Montevideo, el 24 de octubre de 1931, —endulza mi espíritu, al que los acontecimientos parecen que se hubiesen conjurado para descubrir su grado máximo de saturación en materia de amarguras y desencantos."

El 18 de mayo de 1932, Figari reitera conceptos acerca de la tradición, manifestándome: "Justamente, el desconcierto de nuestros días, tan descalabrados, se debe principalmente a que no acertamos a ver cómo puede conectarse la tradición con el presuntuoso martinete moderno, bien intencionado, si se quiere, mas incapaz de servir a las aspiraciones humanas, complejivas según son. Los que se empeñan en construir un mundo nuevo, flamante, prescindiendo de los elementos preconstituidos, deberían comenzar por fundirse íntegramente, desde que llevamos todos por dentro y por nuestro propio caparazón un tejido minuciosamente prolijo, que es la obra exclusiva de nuestra ascendencia, vale decir, de la tradición. Y de otra parte, ¿dónde está lo nuevo, —nuevo,— si el mismo vocablo que empleamos se halla saturado de añoranza y el concepto que quiere contener es una aspiración que ya debió ser vieja en los tiempos prehistóricos? ¿Es concebible que haya habido un día sin el afán orgánico de aumentar el hombre su poder, su caudal y mejorar?"

"La propia continuidad palmaria que se manifiesta por doquier y que tan a menudo se la omite, nos va diciendo que todo es cuestión de grados y no de separaciones radicales, y ese fenómeno es precisamente el que nos aturde y no nos permite distinguir juiciosamente. Identificados con nosotros mismos, y nosotros con nuestra ascendencia, sin soluciones de continuidad, ¿con qué partícula de tino podríamos ir a un tronchamiento de la tradición que no sea suicida, cuando lo más que podemos hacer es un "da capo" purpérrimo, de esos que son tan familiares en las murgas callejeras?"

"Es cierto que a veces, nuestra propia vacuidad, nos da la sensación de un nuevo mundo a descubrir, y nos echamos a buscar carabelas como Colón, cuando habría bastado un solo adarme de cordura para ver que ese mundo no sólo es chi-

quito, sino que está vacío, sin hablar de los espejismos del cabotaje, tan corrientes como expendidos de buena fe.

"¡Y vea, mi amigo, a dónde me ha hecho ir su interesante relato! Por lo demás, nada es más lógico. Puesto en el campo de las evocaciones, y en el de las disquisiciones, me he dejado seducir por estas reflexiones. "La lingua batte dove il dente duole", dicen los italianos con toda razón, y yo, con todo motivo, vuelvo a mi campo de predilección, que es el burgo también, para ver si hallo la explicación de este fracaso total en que se agita nuestra civilización... Y, ahora, verá usted, me parece haberla hallado. Lo exoneró a usted de la repetición, pues ya he estampado en lo fundamental mi idea, y creo que se tiene tiesa."

Accentuando expresiones con respecto a él mismo, expresa otro día:

"El profesor Roustan, en una conferencia que dió en Buenos Aires, en "Amigos del Arte", allá por el año 1925, después de haberla titulado "Figari, pintor y filósofo", decía que era siempre, en una y otra parte, el mismo espíritu. Y, ¿cómo podría lógicamente, ser de otro modo? ¿No es el mismo? Sólo un recetario podría disponer otra cosa, no un criterio. Pero aquí viene justamente, lo que deseo decirle: se trata de una mentalidad X autónoma, que ya se manifieste por la pluma o el pincel, no hace más que escribir "de corrido", lo que siente y piensa, a fin de evitar los artificios y afectaciones que obstan a su propósito, que es mostrarse tal cual es. Como es una mentalidad forjada en la observación directa —y no en los autores, pues hace ya tiempo que emigró de las aulas y entró directamente a vivir, y a mirar, para comprender lo que no le decían persuasivamente aquellos, aún los más conspicuos, quiere ponerse frente a la crítica abierta, a fin de cerciorarse de los adarques de verdad que pueda haber dentro, si los hay según cree, y hasta por libros."

Más adelante (23 de mayo de 1932) y con referencia a la repercusión suya en Montevideo, escribe Figari:

"Para mí, tan entrado ya en años y algo experimentado, supondrá que la sorpresa ha dejado de ser desamparante. Lo que cuido y trato de cuidar cuanto puedo, es la gratitud, esa plantita que hasta cultivan los animales inferiores y las fieras mismas, valga la denominación vulgar y la fábula. Mi padre, solía decirme: "Nota, hijo, que el que no agradece se coloca por debajo de ellas". Verdad que a menudo no hay tiempo siquiera ni oportunidad de agradecer, dada la forma alocada en que vivimos, etc."

"Repuesto de mis sobresaltos y vuelto a la tarea, estoy pintando de nuevo. Entre otras cosas trabajo en un friso, un cortejo de negros, cortejo funerario y por lo mismo ameno, titulado "El chiste". Van por el campo raso cuatro negros con sus mantos, llevando un ataúd blanco, de niño, precedidos por una negra grave, hie-

rática, que ha de ser la abuela de la criatura, cuando no sea la madre. Detrás, algunos muy enlutados y solemnes, en tanto que algunos acierta a decir un chiste, y los de más atrás se arremolinan sin poder contener sus socos carcajadas, bien que vayan con una indumentaria adecuada a las circunstancias, vale decir, serena."

Pasa luego pocos días. Enterado Figari del propósito de una exposición, me declara:

"Me habla usted de una exposición mía en Montevideo. Muy cierto es que allí, en nuestro querido terruño, debería yo hacer una exposición antes que por aquí, pero debemos rendirnos por ahora a la realidad, por dura o injusta que ella sea. Sería para mí doblemente rudo un fracaso en mi tierra."

"Más de una vez dije que me apena más que nada, en medio de mis éxitos exteriores, la resistencia de mi ambiente, el propio que me inspiró mi calaverada artística, al arrojar por banda posiciones que había conquistado con gran esfuerzo y dedicación asidua, para hacer algo mejor. A un amigo, poeta, que decía envidiar mis triunfos en tierras de renombre, le contesté que aspiraba como sumo triunfo, el de mi tierra, pero comprendo que esto me obliga a esperar."

Divagando, más adelante, con evocaciones del terruño, añade el 2 de agosto:

"Poco antes de emigrar me hallaba en Treinta y Tres, en un hotel, y me sirvieron café con leche junto con Pan y manteca rancia. Como le expresé mi sorpresa al hotelero, criollo, un tal M. de que ni en el campo, rodeado de vacas, fuese posible disponer de buena manteca fresca, con toda naturalidad, me dijo:

"Es que no me la han mandado todavía. —¿Cómo, —le repliqué, —se la mandan? ¿De dónde?"

"—De Montevideo."

"—¡Ah, toman entonces aquí, en campaña, la manteca de la capital! —exclamé asombrado."

"—No. La manteca nos viene de Montevideo, pero es argentina, —contestó espontáneo el señor M.— y eso es lo que a menudo motiva el retardo de los envíos."

"No sospechaba dicho señor por cierto la sorpresa y la indignación que me producía ese antecedente, por el cual nosotros nos peinamos y nos abotonamos, debido a que los huesos y zapas de nuestros vacunos pasan a Italia, donde fabrican estas minucias y nos las devuelven con la cuenta respectiva, incluso los fletes."

"Se comprende que no es por ahí que se hace patria."

"Bien sabe usted que no soy ambicioso, ni tentado por la fortuna, pero hago cuestión de dignidad, y me parece indigno el que una raza que tiene cabeza y manos, no pueda hacer manteca, botones y peines, teniendo buenas vacas con sus respectivas dotaciones naturales. Es por ahí que me siento "kirio", y por donde repudio el gesto simiesco o papagaluno."